

## CAMPANAS Y LILAS

¡Campanas de Pascuas! ¡Campanas de Pascuas!  
¡Cuán melancólicamente resonais en el cielo de abril!  
Lilas marchitas de los arrabales, ¿por qué producís  
en el caminante solitario tantos pesares y tanta  
nostalgia?

Ahora cuenta los años, los muchos años durante los cuales os oyó, campanas de Pascuas, en un día semejante á éste, tibio y claro, de cielo azul y deslumbrador, en el cual no se divisa aún la viajera gondolina. Cuenta los años, los muchos años en que aspiró vuestro perfume, tenues lilas de París, al pasar por delante de las rejas de los jardines ó corriendo á lo largo de las paredes cuyas bardas sobrepasan vuestros racimos floridos.

Entonces este pensamiento le oprime el corazón:  
"¡Una primavera más pasada!"

Se acuerda de su juventud, de aquellos días en que vosotros, campanas y lilas, derramábais en él la alegría y en que al escucharos y al aspiraros se inun-

daba repentinamente su corazón de una vaga y deliciosa esperanza.

¡Su juventud! ¡Cuán lejana está y cuán pasajera fue! Pasó como flor de primavera. Duró para él, mientras al despertar por la mañana se preguntaba: "¿De qué nueva dicha disfrutaré hoy?" Porque eso es la juventud: la esperanza de la felicidad absoluta, completa, absurda. "Mañana volveré á encontrarme con la mujer cuya sonrisa me abrirá un eterno paraíso.... Mañana estallará la guerra en que me he de convertir en el héroe ecuestre y victorioso á quien el vencido entregará suplicante las llaves de la ciudad.... Mañana imaginaré el plan y escribiré los primeros versos del drama ó del poema que ha de conseguirme la inmortalidad."

¡Amor, gloria, genio! El que no os ha soñado, ¿qué digo? no os ha esperado con loco ardor, ¿puede pretender que ha tenido juventud?

El caminante ya viejo, arrullado por el plañido de las campanas y acariciado por el aroma fugitivo de las lilas, se acuerda de su pasada y breve juventud. Esta terminó, hace ya mucho tiempo, el día en que reconoció el justo medio de la vida, en que comprendió que sólo el deseo es bueno, que todo goce va seguido de amargura y de disgusto, que el objeto retrocede sin cesar ante el esfuerzo. Terminó cuando se despertó una mañana entristecido, sin esperar nada sublime ni extraordinario; cuando leyendo la página escrita por él mismo la vispera la encontró fría y muy inferior á su sueño; cuando vió retorcerse, en el rincón de tantas sonrisas, el pequeño lagarto de que habla Enrique Heine, el inquietante reptil de la ironía y de la traición.

Sin embargo, la vida le parecía aún sabrosa, mas

algo así como un fruto calentado por el sol de septiembre. Se había perdido para siempre aquella frescura del alma que hace que las sensaciones se asemejen á las cerezas cogidas en la rama y comidas bajo su árbol, en la mañana, cuando están aún humedecidas por aliento de la noche.

Algunas veces le indignaba que se debilitase tan pronto el poder de la esperanza y de la ilusión; y como para consolarle un momento, á cada nueva primavera experimentaba accesos inesperados de algo que se parecía á la juventud. Soplos tan pasajeros como repentinos.

Entonces, en mañanas como ésta, próximas á las Pascuas, en el jardín, al mismo tiempo que los aleluyas y los tulipanes, empezaban á descogerse suavemente las lilas, y las pesadas campanas, semejantes á monstruos cautivos en sus campanarios, se balanceaban lanzando al espacio sus solemnes llamamientos.

Entonces recobraba el valor y volvía á creer un poco en la gloria y en la felicidad. "¡Ama!" le aconsejaban las tiernas flores; y el heroico bronce le decía: "¡Trabaja!"

Ahora evoca el recuerdo de estas hermosas mañanas de fiesta entre los mejores de su pasado. No siendo entonces friolento no le desagradaba que el viento del Nordeste le azotase el rostro ó pusiese en desorden sus vestidos.

Sobre todo en el ancho baluarte, delante de la iglesia, era donde este viento alegre y juguetón hacía mil diabluras y al parecer prefería entretenerse con las personas que entraban en misa ó salían de ella.

Cuando en correcta formación llegaban las huerfa-

nititas conducidas por las religiosas, el viento juguetón hacia flotar las manteletas negras y las cintas azules de las gorras y parecía complacerse en transformar las cofias de las hermanas en grandes mariposas blancas. Sacudía con violencia las plumas y las flores que adornaban la cabeza de las elegantísimas feligresas; envolvía las delgadas piernas de un anciano sacerdote en los pliegues de su sotana obligándolo, al mismo tiempo, á sostener su ya usado sombrero, llevando la inconveniencia hasta introducirse en las faldas de alguna enlutada devota que, embarazada con su paraguas, su ridículo y su encócligio repleto de estampas, escandalizada giraba sobre sí misma, tratando en vano de ocultar sus pantorrillas.

Mas hé aquí que de repente el viento echaba de ver, el muy truhán, que en la casa de enfrente había una persiana mal prendida. Aprisa y corriendo allá iba y la hacía crujir contra la pared. Luego la emprendía contra los cascos de dos dragones que se paseaban, entreteniéndose en esparcir las crines negras echándolas á los ojos de los dos soldados. Por último, notando entre la multitud, en la cabeza de un panzudo ciudadano el primer sombrero de paja de la estación, hé aquí que descubría bruscamente, el malévolo, la calva del grueso papá y lo obligaba á correr, soplando como una foca y ciego por el polvo, tras de su tocado que rodaba delante de él como un aro.

Y en estas mañanas de Pascuas de otros tiempos no era sólo el viento el que estaba de tan buen humor. Todo respiraba alegría. El cielo estaba puro y las mujeres manifestaban la felicidad en la mirada; en sus ojos se reflejaba el mismo azul del firmamento. Ya comenzaba el verdor. El fresco, tierno, li-

pero y delicioso verdor. Sobre el esqueleto de los árboles tardíos comenzaba apenas á manifestarse, indeciso y flotante como un humo vago. En otros apuntaba ya fuera de los botones, en hojas diminutas, tan tiernas, tan jóvenes, que derramaban en el alma el mismo contento que derrama la contemplación de la fisonomía de los niños.

¡Pero sobre todo había lilas! La lila, ese arbusto que, en este momento del año, no tiene, digámoslo así, hojas; pero cuyas brillantes gavillas se asemejan á un fuego artificial de flores. Había lilas por todas partes. En vasos, en el borde de las ventanas, en manojos, en el puesto de frutas ó en la pequeña carreta de la vendedora á lo largo del embaldosado. Las mujeres que pasaban llevaban un gran ramillete que les embargaba las dos manos; y algunos caballos de coches de alquiler llevaban también una pequeña rama atada junto á la oreja. Alejándose un poco por los alrededores, los racimos de flores sobresalían y pendían de todos los cercados. ¡Oh! esta lila, que es la primera en florecer y que apenas dura quince días, ¿no es la flor emblemática del parisense, del habitante febril de la gran ciudad, tan impaciente y tan ávido poseído por el vértigo de poseer y de gozar?

El caminante solitario evoca el recuerdo de sus pasadas primaveras. ¡Cuánto lo enajenaba aquel encantador espectáculo: el viento revoltoso, el azul del cielo, las flores tempranas y allá arriba la armonía de las campanas de Pascuas sobre la alegre multitud en el espacio inundado de luz! ¡No ha mucho cuánto lo rejuvenecían estos recuerdos!

Mas, ¡ay de mí! ¿Habrás acabado todo esto? Hoy, débil y achacoso, tiritando al menor soplo un poco

fuerte del Nordeste, ya no lo enamoran las lilas y el concierto lo importuna. ¿Es él, el enamorado y el poeta—pues en el fondo da lo mismo—el que en otro tiempo tenía un beso para cada flor, en el que todo ritmo despertaba súbito mil canciones, el que ahora puede permanecer indiferente á un perfume, á una armonía? ¡Pensamiento cruel! ¿Es este verdaderamente el fin y habrán desaparecido para él los encantos de la naturaleza y de la vida?

En este momento, á corta distancia de él, en la larga avenida donde entretiene su ociosidad, distingue una joven pareja en un banco sentada disfrutando de los tibios rayos del sol que tamiza el delgado follaje. Es un matrimonio de obreros de los más pobres; pues, aunque es día de fiesta, la mujer viste muy mal y el hombre su camiseta de punto y su chaqueta de trabajo. En el cochecito de mimbrés, en que descansa un recién nacido junto á la madre, ésta ha colocado un manojo de lilas, y el pequeñuelo, que acaba de despertarse, abre los ojos ante esta maravilla y dirige instintivamente hacia las flores sus rollizas manecitas. En cuanto al hombre, sostiene sobre sus muslos al niño mayor, que tendrá á lo sumo dos años de edad, y el niño que escucha el tañido de las campanas de la cercana iglesia está encantado por la belleza de la música é inclina mesuradamente la cabeza á cada vibración del bronce. Luego los jóvenes esposos miran alternativamente á sus dos niños, como saben mirar los padres y las madres, y volviéndose el uno hacia el otro, mudos, extáticos, se sonríen un largo espacio. Pálida sonrisa de los desgraciados; pero sonrisa en la cual hay, sin embargo, en este momento para los dos humildes, un poco de alegría y de amor.

¡Oh! cómo se avergüenza ahora, el caminante pensativo, de su enfado egoísta y malo de hace poco! ¡Qué importa que envejezca y que de día en día vaya perdiendo las fuerzas! ¡Abríos, lilas de abril! ¡Sonad á todo vuelo, campanas de la alleluia! ¡Florece, primavera, riqueza de los pobres! ¡Bendita seas por todos los desgraciados y por este hombre en el declive de su vida, cuyo corazón has calentado enterneciéndolo ante la ajena felicidad!

Abril 22 de 1897.

## II

## POLICHINELA

Era en Pau, en febrero último, donde me acometió por vez primera la abrumadora enfermedad contra la cual lucho aún.

¡Ah! por mucho tiempo me acordaré de mi alcaoba en el Hotel de Francia, donde me instalé tan alegremente, abriendo la ventana para contemplar el deslumbrador panorama de los Pirineos y donde, algunos días después, tiritaba bajo los cobertores dando diente con diente, empapado en sudor álgido y sintiendo temblar mis dedos abrasados entre las manos afectuosas de la hermana enfermera, de pie é inquieta á la cabecera de mi cama. Sí, recuerdo aún con espanto los manojos de flores de la tapicería y de las colgaduras, que en mi delirio veía transformarse en cabezas de viejos soldados romanos—¿por qué de soldados romanos?—tan tristes y tan horriblemente feos bajo el casco de mentonera, que levantaban ligeramente sus pesados párpados y me miraban lúgubrementemente con sus ojos blancos de ciego.

Sobre todo las auroras, después de las noches de insomnio, eran terribles para mí.

—Hermana, ¿qué hora es?

—Acaban de dar las siete, señor.

Las alas de la cofia habían palpitado en el fondo del gran sillón en que la hermana acababa de dormir un poco.

—Debe ser de día—decía la hermana.

Se levantaba, y en su dulce mirada que fijaba un momento en mí, adivinaba yo una piedad que me hacía daño. Dirigíase luego á la ventana, semejando blanco fantasma de espeso talle, á la luz de la lamparilla y descorría con ligereza las cortinas. Entre las parduscas nubes de una mañana lluviosa aparecían de trecho en trecho algunos trozos nevados en la montaña y el cielo se asemejaba á montones de algodón manchados.

¡No, jamás olvidaré la angustia y la miseria á que me vi reducido durante mi enfermedad en aquel alojamiento, tan lejos de los seres queridos!

Mas hoy deseo referirme al menos triste de mis recuerdos de aquella dolorosa época.

Dos semanas han pasado desde el primer escafofrío. El bisturí del cirujano me ha salvado.... hasta nuevo accidente. Guardo aún cama, muy débil, pero más tranquilo y no tengo el menor acceso de fiebre. Las horribosas máscaras de los legionarios romanos, de la tapicería y las colgaduras han vuelto á ser para mí ramilletes de flores. Es mediodía. Hace buen tiempo y el suave clima del Bearn permite dejar la ventana abierta. Cuando levanto un instante la vista del volumen que leo, apoyado en la almohada, lo hago con objeto de admirar un trozo de la cadena pirenaica y el pico de Ossan, cuyas

blancas cimas ligeramente matizadas de color lila se destacan en el fresco azul del cielo. ¡Qué tranquilidad! Suben hasta mí confundidas en vago rumor las conversaciones de los transeuntes, las alegres voces de los niños que juegan en el amplio baluarte delante del hotel. La hermana dominica está, como de costumbre, sentada junto á mi lecho y ya no la inquieto, ni la distraigo á cada momento de sus oraciones.

Súbito, al ruido exterior se mezcla el sonido cascado de una campanilla violentamente agitada.

"¡Ah! hermana Seráfica, son las cuatro. Polichinela va á comenzar su representación."

Ahora somos dos buenos amigos la hermana Seráfica y yo. Es una excelente mujer, evidentemente de humilde origen, de edad incierta—cuarenta años quizás—no hermosa, con el rostro congestionado entre sus cofias blancas; pero que lleva su hábito con dignidad y de tal dulzura. Todo en ella es dulce: la mirada, el gesto y la voz, no obstante el acento. Al principio de mi enfermedad permanecía en silencio; después la he inspirado confianza y al presente me cuenta, sin sospechar que es admirable, sus historias de abnegación y sacrificio, siempre lo mismo, de caridad monótona.

¡Qué lejos estais, espirituales chanzonetas y palabras crueles de las conversaciones parisienses, desprestigio de un ausente por sus camaradas, deshonra de una ausente entre mundanas! ¿Me atreveré á decirlo? No siento vuestra ausencia, conversaciones sabrosas y envenenadas; y para disipar mi fastidio de convaleciente me contento con las pequeñas y sencillas historias de la buena hermana, en las cuales sólo se trata de ejercicios devotos, de asiduas aten-

ciones prodigadas á los enfermos, de las cuales parece como que se exhala un perfume combinado de incienso y ácido fénico. Vosotras, lindas maldades de salón, haceis reir nerviosamente. Pero, ¡qué encanto, qué dulce apacibilidad hay en las conversaciones que proceden de un corazón sencillo y puro!

Uno, pues, de mis entretenimientos—y cuenta que por el momento no tengo otro—es, cuando Polichinela comienza á dejar oír su enronquecida voz, ver á la hermana guardar su rosario en el bolsillo, besar aprisa alguna medalla bendita, después aproximarse á la ventana y, medio oculta por la cortina gozar deliciosamente con el espectáculo.

Seguramente, en punto á teatros, esto es todo lo que la pobre hermana ha conocido y conocerá en toda su vida; pero el alma de la santa mujer es tan sencilla como la del auditorio infantil congregado delante de la garita de los títeres; y, como abochornada de su placer, cubriéndose á veces el rostro con las manos para ocultar su alegría, que sin duda juzga un poco inmodesta, la religiosa reservada y tan dulce se echa á reir francamente de todos los disparates, incongruencias y acciones crueles del hombrecillo leonés.

Desde mi lecho sólo oigo vagamente el malsonante y descompuesto órgano de Polichinela, sus alegres carcajadas después de cada nuevo crimen, y el ruido seco y estridente de los bastonazos sobre las cabezas de madera; pero, por lo demás, conozco la manifestación trivial y feroz que provoca irresistiblemente la hilaridad, no sólo de los pequeñuelos instalados en sus bancos, sino que también de los papanatas reunidos del otro lado de la cuerda.

Porque la antigua farsa no varía. La mujer de

Pouchinela lo insulta llamándolo perezoso y borracho y Polichinela le estropea la gorra con la punta de su vara. El portero se presenta llevando un recibo del alquiler y Polichinela, que está dispuesto á mudarse arrojando los muebles por la ventana, le encasqueta en la cabeza el vaso de noche. El propietario interviene y Polichinela lo zurra de lo lindo. Acude la gendarmería y Polichinela los aporrea. La justicia humana es impotente contra este indomable malhechor. Cuando llega el magistrado peinado con su toca y envuelto en su capote negro, Polichinela lo derriba sin piedad y le aprieta el cuello. El verdugo mismo y el diablo en persona no pueden acabar con este loco furioso. Cuelga al verdugo en su misma horca y estrangula al diablo con su propia horquilla. Y todas estas abominaciones las comete Polichinela en medio de las risas de horrorosa alegría, haciendo contorsiones, sacudiendo sus hombros, arrojando á los ecos su risa triunfante. ¡Oh! ¡qué criminal!

¿Qué fondo de perversidad fermenta, pues, en el alma humana para que este espectáculo en que se ponen de manifiesto todos los malos instintos, contenga un elemento cómico tan poderoso y seguro y constituya un recreo tan atractivo precisamente para estos niños que ignoran todavía el mal y para esta sierva de Dios que se aproxima tanto como es posible á la perfección moral?

Me pregunto esto con tristeza en el momento en que la hermana Seráfica—terminada la representación—abandona la ventana y se acerca á mi lecho, un poco confusa.

—¡Qué mal sujeto es este Polichinela!—me dice. ¡Qué infame! ¡qué pícaro!.... ¡Pero es que apalea

y mata á todo el mundo!.... ¿Es posible que se divierta á los niños con estas cosas tan horribles?.... Yo misma me siento avergonzada de haberme divertido....

—Tanto más, hermana, repuse para impacientarla amistosamente—cuanto que habeis olvidado la hora de vuestra meditación.

De repente la hermana se sienta, vuelve á tomar su rosario y su libro é inclina la cabeza bajo su cofia. ¡Pobre hermana! Se escandaliza y llena de escrúpulos por su distracción y mañana, lo apostaría, se acusará en el confesonario de haber mirado á Polichinela y de haber experimentado placer en su representación.

Tened confianza, hermana. La falta es venial. Sin embargo, me admiré cuando os ví, á vos cuya vida es toda obediencia y dulzura divertir os un instante con esta manifestación del hombre tal y como es en el fondo de su naturaleza y tal como puede mostrarse de repente, cuando no es dueño de sus pasiones, es decir, una bestia impulsiva, capaz de las más furiosas sublevaciones y de las mayores crueldades.

En vuestra ignorancia, hermana mía, os ha causado risa la representación de Polichinela; pero, estoy cierto de ello, lloraríais amargamente delante de los títeres de la sociedad que son más hipócritas, pero no menos perversos ni menos escandalosos. No es á bastonazos como los hombres se desembarazan de sus enemigos, sino con armas mucho más perniciosas y pérfidas; y muchos de entre ellos no titubean en convertirse en torturadores y verdugos para satisfacción de su egoísmo y su orgullo.

Cuanto más reflexiono más me afirmo en que no

es inútil que esta piadosa mujer haya tenido este momento de flaqueza riéndose al ver la caricatura de un malvado. Ella se lo reprochará, redoblará su celo y comprenderá mejor que antes el espíritu de su vocación, que es el de expiar por otros. Porque, digan lo que quieran los espíritus fuertes, es un sentimiento sublime y superior aun al de la justicia esta fe cristiana que quiere que las oraciones y las obras de los más inocentes y de los más puros atenúen y rescaten, á los ojos de Dios, los propósitos innobles, las acciones viles y vergonzosas y hasta los crímenes de los malvados.

Agosto 19 de 1897.

## III

**EL PAN CARO**

¡El pan caro!..... ¡La escasez!..... Palabras sinistras hoy pronunciadas por doquiera. Palabras que producen profunda emoción, pues nadie puede permanecer indiferente ante noticia tan amenazadora, que produce amarga pena á todos los hombres de bien y que inspira cierto terror hasta á los más egoístas. Unos se compadecen, otros se inquietan; todos se perturban. Es, en efecto, la cuestión del precio del pan la única que no se puede dejar para mañana, diciendo como decimos respecto á otros muchos problemas que solicitan nuestra atención: "Esto lo arreglaremos más tarde." En este punto el optimismo y el aplazamiento, que por punto general no son otra cosa que manifestaciones hipócritas de la frialdad y de la dureza de los corazones, están absolutamente por demás. El hambre no admite demoras. Hay urgencia delante de los estómagos vacíos. En la hora espantosa y terrible en que los flacos comienzan á pedir pan poniendo el grito

en el cielo, las satisfechos y repletos se verán obligados á acordarse de que, cuando los que tienen hambre no tienen nada que comer, ni siquiera un pedazo de pan duro que llevar á la boca, se aprestan á morder.

Hay que tener mucho cuidado en esto. La tarifa del pan es el termómetro que indica el grado de paciencia de los pobres. Sobre el cartel blanco del panadero, como sobre el pilar de un puente en que están señaladas las crecidas de un río y las fechas de las inundaciones célebres, puede anotarse el momento preciso en que ha de desbordarse la cólera de los miserables.

El azote se ha manifestado. Ha subido el precio del pan y sin duda mañana esta subida irá en aumento.

En gran parte de Francia la cosecha es nula; las tempestades lo han destruído, lo han barrido todo; y en las comarcas no azotadas por el granizo también la cosecha ha sido mala, año de espigas medianas y de mezquinas gavillas. Nuestro consumo anual es de ciento veinte millones de hectolitros de trigo. Nos faltan, según los cálculos más favorables, treinta millones de hectolitros de trigo.

Así, pues, el dilema formidable se impone: ó sostener nuestro régimen de aduanas, lo que parece punto menos que imposible—pues esto equivaldría á que en un corto plazo el pan se pusiese más caro, y, lo que es aún peor, que escasease más,—ó volver á abrir nuestros puertos á los cereales baratos de América, lo cual constituye la ruina de los labradores. Esto sin hablar de otro peligro aún más terrible, es decir, de la especulación en los cereales, del monopolio, que la Convención castigó en otros

tiempos como un crimen capital, pero que las leyes actuales sólo persiguen y castigan—muy débilmente por cierto—cuando hay coalición de monopolistas, cosa fácil de disimular. Y si el monopolio—lo que es harto verosímil—llega á complicar y agravar la crisis actual, todo es de temer, aun el hambre con sus espantosas consecuencias.

¡Pardiez! Oigo la untuosa voz de los eternos pro-paladores de la confianza:

“Exageran. Se alarman sin razón. No hay peligro en la demora. No es ésta la primera vez que se ve el pan á cinco sueldos la libra ¡Un sueldo más es tan poca cosa! Por otra parte, ¿ocupa hoy el pan lugar tan preferente en el presupuesto de los jornaleros? Una comodidad relativa ha alcanzado á las clases trabajadoras. Enseñadme un obrero que no coma carne todos los días, etc., etc.”

Tal parece que estamos oyendo á aquella gran señora del antiguo régimen que, cuando oía decir que los pobres estaban faltos de pan, exclamaba: “¡Pues bien, que coman tortas!”

Los personajes que os dirigen tales discursos emolientes gozan en general de una vida regalada, de sólidas rentas ó de algún alto empleo. Visten magníficas levitas, se ocupan en asuntos de economía política y os echan en seguida á la cara un in-octavo cargado de cifras, con el cual os prueban, tan claro como la luz del día, que los pobres no tienen razón y que, si están sumidos en la miseria, es porque así lo quieren.

Estas gentes son terribles. No intentéis insinuarles que si la mayor parte de los obreros se alimentan en efecto con carne para resistir á la fatiga se ven, sin embargo, en su mesa menos piernas de carnero

y menos solomos de vaca que sopas gordas en que la cuchara se mantiene derecha y grandes platos de patatas; que existe un gran número de pobres ancianos, de viudas cargadas de huérfanos, de obreros aislados y que no ganan más que un íntimo salario, para quienes el pan constituye el alimento principal y que no se permiten otro lujo en la comida más que la salchicha y la ensalada; que un sueldo es un sueldo; que cinco céntimos por libra de pan al día son diez y ocho francos al cabo del año; que esta suma multiplicada por cinco ó por seis —pues en muchas familias del pueblo se consumen diariamente cinco ó seis libras de pan— forman un total muy serio é inquietante para los que sólo cuentan con pequeños recursos. No intentéis, repito, enunciar semejantes enormidades en presencia de un economista armado con sus cuadros de dos entradas y con sus estadísticas erizadas de sumas y de corchetes. El tal economista se enfadaría, os contestaría que no entendéis absolutamente nada del asunto y, por fin, os motejaría de sentimental y quizás de socialista.

Sin embargo, el hecho está en pie. El pan está caro, y si no nos decidimos pronto á abrir una brecha en esta muralla de la China en que merced á las leyes proteccionistas estamos encerrados, para el próximo invierno será mayor la carestía del pan. Esta última suposición no es admisible, pues constituiría un peligro público. En verdad, habrá que resolverse al fin á disminuir, á lo menos por el momento, los derechos sobre los trigos extranjeros, lo que por otra parte será deplorable y dará un golpe muy sensible á la agricultura francesa, ya tan profundamente atacada. Mas es preciso.

¡Ayl que el mundo es poco prudente. Es evidente

que la verdad del porvenir es el libre cambio, y debemos, á pesar de todo, esperar que, tarde ó temprano, las naciones adoptarán, para regular sus relaciones económicas, la fórmula del pilluelo de París: "Dame de lo que tienes y te daré de lo que tengo." Mientras tanto, existe una concurrencia feroz, una lucha sin piedad. Las naciones se hacen la guerra con menos frecuencia á cañonazos —no obstante que continúan arruinándose con la fabricación de cañones— pero existe la encarnizada guerra de las tarifas. El único soldado que sirve para algo, en este tiempo de ejércitos inútiles, es el aduanero. Sin las leyes Méline, que deben aprobarse, en suma, —pues nuestro país está en el caso de legítima defensa— los Estados Unidos de la América del Norte nos ametrillarían con trigo, nos bombardearían con sacos de harina, reducirían á nuestros campesinos al hambre hartando de cereales á Francia, nos matarían con lo que da la vida.

En fin, estamos obligados á ello, no hay otro remedio. Resignémonos y entreabramos la puerta á los cereales de América y de Australia. Mas hay que poner atención y si queremos dar en beneficio de los pobres el pan á cuatro sueldos la libra, desconfiemos de los acaparadores.

Pero aquí interviene de nuevo el optimista.

"¿Cómo podeis pronunciar tal palabra y qué horribles recuerdos evocais? Escuchándoos creo ver pasar en la punta de las picas las cabezas de Foulón y de Bertier con un manojo de paja ensangrentada entre los dientes. Acaparar el trigo hoy con la facilidad de los trasportes, ¿es acaso posible?..... ¿quereis divertiros..... ya no hay acaparadores....." Dispensad, querido señor, aún los hay. Todo se

puede hacer á fuerza de millones y el frenesí del lucro no tiene límites. Conocéis, tan bien como yo, en París, en esta sociedad cosmopolita, varias fortunas colosales: acrecidas recientemente en proporciones escandalosas y cuyo único origen es la especulación en el negocio de los cereales. Podríais nombrar á estos hombres sin escrúpulos, pues son muy bien recibidos y están muy bien considerados en la mejor sociedad y vos mismo os complacéis dándoles la mano cuando los encontráis en la Bolsa ó en el club.

¡Ah! por esta vez el optimista se molesta un poco, pues acabo de ofender al ídolo eterno, al becerro de oro.

"Bien, pues, ¿dónde está el mal, después de todo? ¿Desde cuándo se le ha prohibido á un comerciante hacer provisión de una mercancía cualquiera y no venderla hasta que alcance su más alto precio? ¿Qué teneis que reprochar en definitiva á estos millonarios? ¿El haber jugado? No es un crimen. ¿El haber ganado? Es la suerte. Según vuestra opinión, ¿qué sería la libertad de comercio?....."

Y así lo demás.

Una sola cosa tengo que responder y es que de todos los agios el más abominable es aquel que se hace con el alimento de los pobres y que es odioso ver á un individuo enriquecido con la miseria de todos. Para que esté acaparador de trigos se convierta en un rey de París; para que posea un hotel de príncipe y lujosos equipajes; para que habite en un mismo año su casita suiza delante del Océano, durante la canícula, su dominio de caza en otoño y su villa confortable en invierno, ¿sabéis lo que se necesita? Se necesita que miles de trabajadores

no lleven bajo el brazo más que un insuficiente panecillo al marchar al taller; se necesita que las pobres mujeres no pongan en la cesta de sus hijitos al marchar para la escuela más que una corta rebanada de pan ligeramente untado de manteca; se necesita que las madres agotadas por las privaciones no crezcan al niño que están criando, débil y lloroso, más que un solo pecho medio vacío; se necesita, en una palabra, que todo un pueblo sufra hambre.

¡No, no, una y mil veces el trigo no es una mercancía como otra cualquiera y el malhechor que, por no sé qué infame negocio ha hecho elevar el precio de los trigos y de los centenos acumulados, ha transformado en una barra de oro los sueldos verdes de los pobres, merecería que cada pedazo de pan que lleva á la boca tuviese para él un gusto repugnante y amargo, el gusto de la sangre y de las lágrimas!

¡El pan sagrado! ¡Qué vergüenza para nuestra orgullosa civilización que existan criaturas humanas á quienes pueda faltarles un solo día!

**¡Panem nostrum quotidianum!**

Muchas veces he repetido, en todos estos días, la hermosa oración; pues, durante mi enfermedad, volví á la "vieja canción," como dice M. Jaurés; y no solamente arrulla con dulzura infinita al que sufre, sino que le da también valor y esperanza. Todo, hasta el mismo problema social, está contenido en el Padrenuestro, en la admirable Oración Dominical.

**¡Panem quotidianum!**

Hé aquí todo lo que el hombre debiera pedir á la vida y esperar de ella. Si nos acordáramos mejor de las enseñanzas dadas hace cerca de dos mil años en la Montaña, si nos amáramos verdaderamente

unos á otros como lo quería Jesús, todos tendríamos este pan cotidiano y estaríamos muy cerca del reino de la justicia, del reino de Dios.

26 de agosto de 1897.

## IV

## EL RIO

A la mitad de la pendiente de la colina cubierta de árboles, el sendero, que descende entre hayas y abedules, se hace de repente más transitable y el profundo tapiz de hojas secas se abate bajo los pies del caminante. Ciertamente la orilla de la selva no está lejos. La decoración cambia. Ya no es el terreno polvoroso en donde florece la rosa, poblado de seco matorral; ya no contemplamos la selva severa y silenciosa. ¡Qué súbita frescura! Se penetra en el soto de tierno verdor. Bajo los follajes entremezclados las hierbas son más elevadas, el terciopelo de los musgos más abundante y espeso y acá y allá se contempla la palidez enfermiza de los hongos.....

En la espesura el canto y el aleteo de los pájaros. Con seguridad debe haber agua cerca.

De repente una nube cubre el sol. Las carrucas y los pinzones interrumpen su canto por un momento. ¿No oís el fresco ruido y el claro murmurio? Pene-

trad bajo el bosque. ¡Cuidado con las ramas! Poned cuidado en no resbalar sobre el terreno esponjoso. Mirad. Cerca de aquel montón de piedras verdosas se estremecen los berros. Y más allá ¿no veis la tenue cinta de límpida plata que serpentea y corre como una culebra espantada?

Habéis llegado.... Es el manantial.

Dentro de algunos días esta agua pura y fría, que recogemos en la palma de la mano y que sorbemos experimentando tan deliciosa sensación como si bebiéramos la inocencia, llegará al Atlántico y se mezclará con las olas pesadas y salobres de un vasto estuario. Irá á encontrarse con las boyas que señalan los escollos de la rada; cabrilleará de vez en cuando sobre los flancos llenos de conchas de las grandes lanchas de carga ancladas en la embocadura del gran río. ¡Cuán exquisito es en su punto de partida este hilillo de agua que tanto va á caminar y á corromperse en el curso de su viaje! Es el símbolo del candor. ¿Quién de nosotros, corriendo á través de los bosques después de haber saciado su sed en una fuente, no se ha quedado suspendido junto á ella—como atado por un encanto y admirando su limpidez,—no ha tenido involuntariamente ensueños de infancia y de virginidad? Sin embargo, descendiendo la pendiente en su fuga de reptil bajo la hierba, el arroyuelo ha recogido otros arroyuelos y el caudal de sus aguas ha sido aumentado por fuentes invisibles. Héle aquí ahora en la cavidad de un vallecillo cuya curva caprichosa adopta. ¡Cuán débil es todavía el pequeño curso de agua! Una plancha basta para franquearlo y durante el tiempo de sequía sólo se ve en su cauce, por algunos puntos, fango y piedras. Sin embargo, hacia él

van secretamente las aguas subterráneas. Atraviesa ahora pingües praderas. El sauce crece en sus márgenes y los añejos troncos, en doble fila, enderezan su pálido follaje. A veces alguna vaca de los pastos cercanos se introduce pesada y torpe en la corriente, bebe hasta saciarse y levantando su chorreante jeta, mira espantada al horizonte.

Algunas leguas más lejos, en la encrucijada de los tres valles que le pagan el tributo de sus aguas, es donde la humilde corriente de agua se transforma en pequeño río. Ya la geografía le ha impuesto el nombre de río, el ilustre nombre que conservará para conducir á los imponentes buques de mar. Pero aún no es más que un río adolescente con sus viejos puentes de piedra de un solo arco y que conserva su gracia campestre. Se desliza lentamente bajo los olmos y los álamos que entrelazan sus ramas y sobre cuyas aguas tranquilas y sombreadas por la espesa hojarasca desliza el martin-pescador su reflejo azul. En la primavera hay un concierto sin fin en los zarzales de las dos orillas; y las azules libélulas colocadas por grupos sobre las cañas parecen ser las notas de la música que cantan aquellos artistas alados.

El joven río, aún no navegable, está muy solitario. Cuando más, á grandes distancias, en una barquilla amarraña al tronco de algún árbol, se divisa un vestido de cutí, una barba gris bajo un sombrero de paja, una larga caña de pescar y allá, al fin, un pequeño almadiero—única nota roja en medio de tanta verdura—que va suavemente hacia las anchas hojas de los nenúfares.

Pero el joven río se convierte rápidamente en adulto y su masa de agua, siempre más abundante,

comienza á realizar su obra útil. Al pasar junto á una aldea oye la risa y la charla de las lavanderas de brazos desnudos y el ruido rítmico de las palas y arrastra las burbujas matizadas del jabón. Sus primeros trabajos conservan un carácter inocente y campestre. Entra alegre, complaciente y feliz en el molino y se lanza sobre las paletas de la pesada rueda para hacerla girar, cae después en ruidosa y alegre cascada y se entretiene en columpiar sobre sus ondas agitadas, un instante después de su caída, á la coqueta escuadrilla de los patos.

De repente, en el rodeo de un ribazo, recibe su primer afluente. Dos veces más ancho y más profundo merece ahora que se le dé el nombre de río. Camina tranquilo y laborioso porque de aquí en adelante puede conducir un buque. Camina trazando meandros, á veces apretado entre ribazos de viña, á veces retardando su curso y solazándose á través de los herbazales. A lo largo de sus márgenes fecundas se multiplican las aldeas, y los campanarios, tranquilos como ancianos hombres de bien, lo contemplan al pasar.

Sigue su curso. Ahora absorbe un riachuelo, después otro más. Más lejos, allá donde se dibuja en el espacio la silueta de un esclusero, un canal lo enriquece con su torrente cautivo. Camina el noble río. Atraviesa ciudades ilustres y famosas. Lleno de pontones y de embarcaciones de todas clases, se desliza más impetuosamente por entre piedras históricas, se arroja retumbando bajo los arcos sonoros de puentes monumentales; y, por encima de los malecones llenos de multitud tumultuosa, los chapiteles de las torres de las vetustas iglesias arrojan sobre sus ondas su trémulo reflejo.

Después lánzase de nuevo al campo libre y presenta su espejo á todos los encantos del cielo. Centellea bajo la luz ardiente del estío. La aurora le brinda sus rosas, el sol poniente lo esmalta de tonacios y rubies y en las noches serenas parece seguir un sueño encantado en la melancolía de la luz de la luna.

El río está ahora en toda su fuerza y en toda su majestad. Pero, ¿qué se ha hecho el agua clara y pura de su origen?

Desde el primer lavadero cuya sucia espuma arrastró cada uno de sus contactos con el hombre fué para él una mancha. ¡Cuántas cloacas han depositado en sus olas su inmundo fango! Las fábricas de los arrabales, cuyas altas chimeneas de ladrillo se elevan á su orilla, han dirigido lenta y constantemente hacia él arroyos de veneno. En las antiguas piezas de oro, viejas alhajas, armas empuñadas que al pasar ha removido en un lígamo, ha reconocido las huellas de las muertes de muchos siglos. En medio de la obscuridad y el silencio de la noche muchos desgraciados, de lo alto de sus puentes solitarios, se han hundido para siempre en sus negras profundidades; y á sus aguas han arrojado los asesinos los cuerpos ensangrentados de sus víctimas. Algunas veces, como presa de las náuseas, vomita sobre las hierbas de la orilla despojos horrosos y putrefactos. ¡Pero está infectado para siempre y, semejante á la conciencia del malvado, lleva en sus aguas, con algunos tesoros ignorados y perdidos, impurezas, vergüenzas, desesperaciones y crímenes!

¡Por fin, el río está en el término de su curso. Hé aquí el estuario; y es tan vasto que allá abajo, á lo

lejos, anclados junto á la orilla vaga y lejana, los navios que han dado la vuelta al mundo, que han surcado mares de indigo bajo cielos luminosos y aquellos cuya dura quilla ha roto los melos en medio de espantosas tinieblas, los esbeltos bergantines y los poderosos vapores, se asemejan á frágiles conchas aparejadas con telas de araña. La última valiza ha sido ya dejada atrás y en la costa gris las torrecillas blancas de los faros, empequeñecidas por la distancia, son apenas visibles. La enorme masa líquida, que el movimiento de las mareas rechaza y atrae alternativamente, ora se encrespa de pequeñas olas irritadas por la lucha, ora se precipita con la velocidad de una cascada. En la anchura, de donde el viento trae un confuso clamor, las oleadas de fondo, sacudiendo su espumosa cabellera, se suceden ocultando el brumoso horizonte; y grandes gaviotas, semejan ángeles, se ciernen sobre el río, dando agudos gritos semejantes á los siniestros mensajeros del abismo que se lo va á tragar.

.....  
 .....  
 Conozco un alma comparable á este río. Lo mismo que él va á perderse en el mar, ella desaparecerá pronto en el seno de la muerte. Como él, aproximándose al abismo, se ve aumentada con todo su pasado, profunda y amarga—profunda como la memoria, amarga como la experiencia.—Se acuerda de su vida que fué, en suma, tranquila y bienhechora. Sin embargo, ¡cuántas manchas no ha recibido en su camino esta pobre alma, manchas impresas para siempre en ella! Para el agua que corre y para el hombre que pasa sólo hay un momento de pureza absoluta, la infancia. Como el río corre y oculta,

en el fango de lecho, inmundicias y cadáveres, el alma—aun en los menos culpables—está llena de secretos vergonzosos.

Permanecer puro en este mundo es el esfuerzo imposible y desesperante; el retorno á una nueva vida, ¡qué ideal, qué sublime esperanza! Este río que el mar que desciende traga con profundos esteriores se purificará en la sal inmensa del Océano. ¡Dobre alma, herida por la existencia y profundamente turbada en el umbral del gran misterio, tú también te atreves á tener ensueños de inocencia inmortal! Por eso piensas hoy en todos esos viejos campanarios de iglesias y catedrales que el río ha reflejado en sus ondas y que con tanta frecuencia has encontrado en tu camino, sin obedecer á su aspecto solemne. Por eso, en fin, respondes á la señal de estas antiguas flechas de piedra que te muestran el cielo con confianza y te ordenan la oración y la fe.

2 de septiembre de 1897.

## V

## ADIOS A UNA CASA

El día en que mi cirujano y amigo el doctor Duchastelet—quien, sea dicho entre paréntesis, me ha salvado dos veces la vida desde el principio del año—me anunció que en adelante tendría que cuidarme mucho, tomando muchas precauciones para arreglar mi vida y que á todas luces sería incapaz de saltar al tren á la primera señal y de ir y venir de un lado para otro entre las calles de Oudinot y Mandres, costumbre que habia adquirido durante los últimos veranos, se apoderó de mí, lo confieso, un serio acceso de tristeza.

Un callejero á quien se ordenara que se encerrara en su alcoba lo más que le fuera posible, un paseante de las calles de París á quien se condenaba á llevar una vida sedentaria y á que se apoltronara en su casa, francamente no podia tener muy buen humor. A más de esto, la primera consecuencia de este úcase del médico era la necesidad de deshacerme del modesto, pero graciosísimo asilo campestre en don-

de cual viejo ciudadano aprendí, por fin, en el transcurso de algunos años, á distinguir un olmo de un tilo y el breve trino de una oropéndola del caprichoso canto de una curruca de cabeza negra.

Días pasados, hablando con el Notario de Brunoy y resolviendo, según sus prudentes consejos, el texto del cartel y la fecha de la adjudicación, tenía el corazón un poco oprimido. Pero es preciso creer que no tengo nada de común, en el fondo, con el feroz vecino de Gavarni, lleno de admiración ante las paredes de su casa y preparándose sin duda para llenarla de trampas de lobos, llenando los muros de cascotes de botellas, pues me he acostumbrado muy pronto al pensamiento de que dentro de algunas semanas mi casa pertenecería á otro y que yo no poseería más, como valor inmueble, que el estrecho rectángulo de terreno situado en el cementerio de Montparnasse, en donde me faltó poco, hacia el fin del pasado mes de julio, para elegir domicilio definitivo.

Así pues—esto es seguro,—no tengo más que en grado ínfimo los instintos del propietario. En presencia del mundo exterior estimo siempre que ver, es tener; y estoy siempre enteramente dispuesto á gozar tan de lleno en el camino real de las bellezas de la naturaleza, como en el centro de una hectárea adquirida con mis propios recursos y protegida contra toda invasión menos por los cercados que por la amenaza de trabajos forzados.

Esto no obstante, sería un error suponer que no amaba mi habitación campestre y que la dejó sin pesar y sin melancolía, si bien es verdad que los sentimientos que hoy me embargan, penetrando cada vez de una manera más profunda toda mi alma,

hacen que en adelante sea para mí menos difícil cualquier desprendimiento.

Debe ser cruel verse obligado á vender su casa familiar, y en cuanto á mí, no imagino una separación más dolorosa. Caminar por última vez á la sombra de los añosos árboles plantados por vuestro abuelo; recoger, antes de la partida, para dejarla secar en el devocionario de su madre, una rosa en el mismo rosal que en otro tiempo la pobre mujer pudo tantas veces delante de vosotros con sus manos veneradas; levantarse, para no volver á sentarse jamás en él, del gran sillón colocado en el ángulo de la chimenea, en el cual el padre dormitaba en otros días durante las largas veladas de octubre; visitar, con la mirada circular del adiós, esas habitaciones amuebladas con lechos y cunas que os recuerdan la muerte y el nacimiento de tantos seres queridos; cerrar, sabiendo que no será abierta ya más que por un extraño, la puerta del salón familiar en la cual está señalada con lápiz vuestra altura en las diferentes épocas de vuestra infancia; abandonar esas paredes á las cuales están adheridos vuestros recuerdos más sólidamente que las tenaces raíces de la yedra; dejar esas flores que parece que en su perfume os devuelven un poco del alma de tantos seres queridos desaparecidos ya, todo eso ciertamente debe producir un pesar terrible, una de esas horas de agonía sentimental en que el hombre experimenta la profunda verdad que encierra el *sunt lacrymae rerum* del poeta.

Yo no he conocido este pesar desgarrador. Mis pobres padres, laboriosas abejas de la gran ciudad, habitaron alternativamente algunas de esas colmenas como son las casas de París. Con frecuencia

debieron cambiar de abrigo; y todo lo que de ellos me queda son—reliquias muy humildes—dos ó tres muebles salyados de las mudanzas. Entre las lágrimas del adiós, derramadas por el hogar de la familia, y la ligera pena de ver empequeñecerse en la lejanía las veletas de un techo bajo el cual se han pasado algunos hermosos veranos, sería absurda y aun chocante la comparación. Sin embargo, los dos sentimientos son del mismo orden.

Si, dejó en verdad un poco de mi vida en esta linda Fraiziere. Había creído poder concederme—como recompensa de mucho trabajo—este pequeño porque parece un rincón del Trianón, estos grandes árboles en los cuales, durante los meses de mayo y junio, la alada orquesta me daba tan deliciosos conciertos, estas estrechas calles de árboles donde tanto me agradaba andar á paso lento á la caída de la tarde, embriagado por el perfume de las flores, esta gran huerta, en la cual el peso de los frutos en los dorados días del otoño hacía crujir las ramas y en donde maduraban los racimos, á lo largo de las paredes, entre las hojas empolvadas y enmohecidas, estas filas de altos rosales, cuyas flores todas hermosas formaban como un concurso de reinas de la belleza.

Estas cosas me eran queridas. Al pasar había intundido en ellas mis ensueños, les había dado mucho de mi corazón. Me es preciso separarme de ellas. Un fatal accidente de salud me obliga en adelante á estar al alcance de ciertos socorros; y mis clavetes y mis currucas están demasiado lejos del bisturí.

Otro va á poseerlos. Espero que se aficionará á ellos, que se forjará quizás la ilusión de que las flo-

res que perfumaron los paseos de un poeta exhalan un olor más exquisito y de que los pájaros que cantaron para agradarlo exhalan trinos más melodiosos. Deseo con toda sinceridad una agradable permanencia en la Fraiziére. Deseo que las umbrías sean para él aún más frescas, los céspedes más verdes, los frutos más sabrosos, las platabandas más brillantes y perfumadas. Deseo sobre todo que se liene de afección hacia el antiguo alojamiento. Pero no le prometó mi visita.

Pues confieso mi debilidad. No me gustaría nada que delante de mí el nuevo dueño escuchase á mi antiguo coro de pinzones y de mirlos y respirase mi harem de "Madama Bérard" y de Gloria de Dijón. Experimentaría una especie de envidia retrospectiva y sufriría, una vez más, por la indiferencia de la naturaleza, comprobando que los pájaros cantan sin importarles para quién lo hacen, como los poetas de patio, y que las rosas exhalan su perfume para el primero que llega.

Una vez más deseo toda clase de felicidades á mi sucesor desconocido. Que en el gabinete de follaje, desde lo alto de su columna de yeso, la cabeza alegre del joven fauno lo acoja con sonrisa hospitalaria; y, como la lluvia de este triste verano, debe ciertamente haber roído el mármol del pequeño cuadrante solar que está en medio de la huerta y casi borrando la inscripción demasiado filosófica y fúnebre que allí se leía: *Ultima latet* (la última hora está oculta para nosotros) aconsejo al nuevo propietario que la substituya con ésta, expresión exacta de mis votos en su favor: **Horas non numero risi serenas** (no cuento más que las horas serenas). ¡Quiera el cielo que rraiziére sea la mansión de

la felicidad! Pero ni siquiera pasaré por delante de la puerta de la cual pende un sauco con sus flores. De hoy más esta puerta cerrada tendría para mí la fisonomía ceñuda y hostil de una mujer que se amó en otro tiempo y á la cual se encuentra del brazo de otro; y, volviendo á ver la mansión abandonada, no podría menos de murmurar el verso tan lastimoso de la Tristeza de Olimpio:

**Mi casa me mira y ya no me conoce**

Esto no obstante, jamás seré completamente extraño á mi antigua morada; pues algo de nosotros—que es más que un recuerdo—queda en los lugares en que hemos pasado días felices y que hemos amado.

Séale permitido á mi fantasía investigar las huellas que ha dejado el primer habitante que se fijó en este amable rincón de la naturaleza, así como también imaginar los vestigios que en él se encontrarán por mucho tiempo de aquel que hoy se aleja de tan feliz mansión.

Cuando por primera vez pasé el mes de mayo en la Fraiziére experimenté gran alegría al reconocer que mi jardín estaba poblado de ruiseñores de melodioso canto. Desde luego los ancianos del país me contaron que en otro tiempo, antes de 1830, cuando no había allí más que una casita y unos cuantos árboles, pertenecían á un excelente violinista, antiguo director de la orquesta de la Opera.

No me explico cabalmente el por qué asocié en mi pensamiento al artista y á los pajaros cantores. Inventé para mí un retrato del buen hombre, vestido á la usanza de su tiempo, de pantalón corto, zapatos

de hebillas, embutido en su corbata blanca de tres vueltas y en el alto cuello de su casaca á lo Goethe; me lo figuraba sentado en su casa junto á una ventana, desde donde se contemplaba el fresco verdor, delante de un cuaderno de música, arco en mano, estradivario al hombro, procurando distraer los enojos de su retiro con la evocación de sus antiguos triunfos en los conciertos y ejecutando con admirable maestría un trozo de grandes dificultades, un verdadero prodigio instrumental,—las famosas variaciones sobre el aria del Carnaval de Venecia, por ejemplo.

Entonces cruzó por mi cabeza la loca idea de que los ruisiñores, heridos en su amor propio é impulsados por el espíritu de emulación, habían querido probar al viejo artista que eran tan fuertes como él, que su canto era tan bueno como el de su violín y que eran capaces de renovar con su garganta los prodigios realizados en otro tiempo sobre la cuarta cuerda por el ilustre Paganini; y me imaginaba que en esta lucha musical los ruisiñores habían lanzado al aire sus armoniosos sonidos con más atrevimiento y agilidad, suspendido más ligeramente sus "silencios," redoblando sus tiernas modulaciones, prolongando sus amorosos suspiros.

Sin duda comprendía perfectamente que el antiguo director de orquesta había muerto hacía ya muchos años y que habían desaparecido numerosas generaciones de pájaros. ¡No importa! Me forjaba la ilusión de que la tradición se había conservado en mis tilos y que los pajarillos apenas comenzaban á volar recibían una excelente educación musical; y pretendía justificar así mi presunción—muy digna

de un propietario—de tener en mi jardín ruisiñores que cantaban mejor que los otros.

Y no pongo en duda que aún se trataba del viejo violinista en los nidos de la Fraiziere. En cuanto á mi, señalé mi permanencia en aquel delicioso lugar multiplicando tanto cuanto pude la hermosísima rosa—de color púrpura oscuro, tan afelpada y de perfume tan delicado,—que un horticultor de la vecindad tuvo la ocurrencia de bautizar con mi nombre.

En estas flores que tanto amaba queda un poco de mi alma; en estas ramas, en que tantas alas se agitan, queda también un poco del alma de ese artista que daba envidia á los pájaros; y, en las hermosas mañanas primaverales, la gloria y la belleza de la rosa del poeta serán celebradas con dulces y apasionados cantos por estos ruisiñores extraordinarios, biznietos de los rivales del anciano músico.

19 de septiembre de 1897.